



LA MARINA DE CASTILLA

DE fijo que por la rinconada de Guipúzcoa ya sabían de naves y del arte de la marinería; pero por Galicia y Asturias, los bárbaros nos dejaron ayunos de ambas cosas.

Los normandos, que los moros decían *almodjus*, desde el reinado de Ramiro I, hacia el año 844, comenzaron a despabilarnos en estos achaques; Compostela, la "Jacobsland" de estos piratas, con sus peregrinos, los atrajo por el olor de las ofrendas.

Una expedición de ellos, que aportó para devastar por San Martín de Mondoñedo, allá por cerca del año 1.000, fué deshecha; no teníamos naves que oponer a las de los wikingos, pero estaba el Obispo Gonzalo, santo varón que se puso a orar con tanto fervor, allí en la beizamar, que el Señor desató un nortazo que dió al traste con la flotilla enemiga, salvo una nave que, en verdad, quedó para contarla.

Así, con un milagro, la marina castellana, aún nonnata, ganaba una batalla a un invasor; y no se dude de San Gonzalo, porque aunque coitado varón que no embarcó sino para peregrinar a Roma o a los Santos Lugares, obró bastantes prodigios marineros. Dígalo si no el de la ocasión de aquella ballena que no cesaba de mugir amargamente, aparecida por frente a la playa de San Ciprián, con gran temor de todos; bajó a ella Gonzalo báculo en ristre y mitra calada, y el cetáceo le miró con ojos tan tristes, que adivinó el santiño que quería confesión; oyóla de esta guisa acercándose, y cuando calló le echó la bendición como a cualquier mortal y mandó que lo llevaran *in continenti* junto a ella. Sólo un muchacho de quince años se atrevió a acompañarle y vió cómo el buen señor Obispo se perdió en la enorme boca abierta, y al poco regresaba con una imagen de Nuestra Señora en los brazos: era la

Virgen de Vilaestrofe, a la que hoy aún acuden en romería los marineros de tierras de Vivero.

El Obispo de Santiago, Sisenando, ante otra incursión, no se contentó con rezar por 970; dirigió la defensa, y al caer muerto en ella, los normandos enseñorearon por algún tiempo aquellas tierras, dando tiempo para que Olaf, rey y guerrero por excelencia, se convirtiera al cristianismo para después ser el único santo marino *de verdad* que hay por los altares.

Un siglo más tarde, hacia 1120, otro obispo compostelano, el inquieto e intrigante Gelmírez, hizo aún más que Sisenando y que Gonzalo y dió en el clavo; trajo a un tal Ogerio, maestro genovés, y mandó fabricar dos galeras, que bastaron para espantar a los moros y normandos de las rías bajas, porque de todos los tiempos es verdad incontestable que la mayor defensa es la ofensiva.

Años después, en tal o cual asedio, se citan por los cronistas, armadas con docenas y docenas de naves de señoríos de León o de Castilla, cuando ya los vascongados se habían unido voluntariamente a ésta.

* * *

La Reconquista, sin embargo, la hicieron castellanos y leoneses sin mentalidad marítima, luchando por el palmo a palmo de terreno, con estrategia de valle y de castillo, y la efímera toma de Almería (1147) fué esa golondrina que no hace verano.

Fernando III es rey, y Castilla y León, unidos ya para siempre, su reino; será santo y es prudente; por tal, comienza a rebullirle para avanzar por Andalucía el *fecho de mar*: la estrategia marítima, llave de la tierra y talismán de victorias impercedoras en ella.



Dueño de Córdoba, su confesor, el cuitado dominico fray Pedro González Telmo—más tarde Obispo de Tuy y después de muerto santo patrono de marreantes sin haber visto la mar sino desde lo más inferior del Miño—, le sugiere la toma de Sevilla, que tiene un gran río por el que los moros recibirían refuerzos.

Y ante el temor del obstáculo de agua dulce funda el Rey Santo la marina Real, la del Estado. Pone en su cabeza a Reimondo Bonifaz, burgalés, *persona experimentada y práctica en las cosas de la mar*, nombrándolo *Almirante*, voz derivada del árabe *emir-al-ma*, que es como "señor de la mar", que por primera vez suena en lengua romance en oídos europeos.

Con naves y galeras fabricadas por las villas del Cantábrico llega al antiguo Betis, y su estrella comienza a brillar al derrotar por su broa a una escuadra agarena y, sucesivamente, al remontar el río a fuerzas sutiles que amagan por allí y aun a son de corrientes le sueltan embarcaciones incendiarias, los torpedos de entonces.

Ya en Sevilla, que cerca Fernando III, no puede impedir el abasto de la ciudad, porque está unida a Triana y defienden la puente gruesas cadenas; ocúrrele entonces la idea de romperla gallardamente en una buena empopada, herrando bien la proa de sus dos naves más pesadas. Lo intenta el 3 de mayo de 1242; casi a punto de abordar cae el viento, y por un instante, nublado el cielo de dardos y virotes, teme su desastre; mas de improviso salta impetuosa una racha salvadora. Encontronazo; ruidos y gritos castellanos de victoria, como de pánico y sorpresa de los moros, llenan los aires.

Cadenas, puntales y refuerzos saltan en pedazos: la puente y la esperanza de los defensores se ha roto; el asedio puede establecerse en verdad del todo, y en noviembre, el 23, día de San Clemente, en lo alto de la Giralda, como en la torre del Oro, flamea el estandarte de los leones y castillos.

La toma de Sevilla dió lugar a sinfín de concesiones

y privilegios a las villas, como a sus capitanes y marineros; pero lo principal fué la erección del Almirantazgo Mayor de Castilla, con jurisdicción propia y exclusiva para atender y juzgar sobre las personas y negocios de la navegación y de la pesca, como de la fábrica de naves. Cómities, marineros, maestros y calafates obtuvieron señaladas preeminencias;

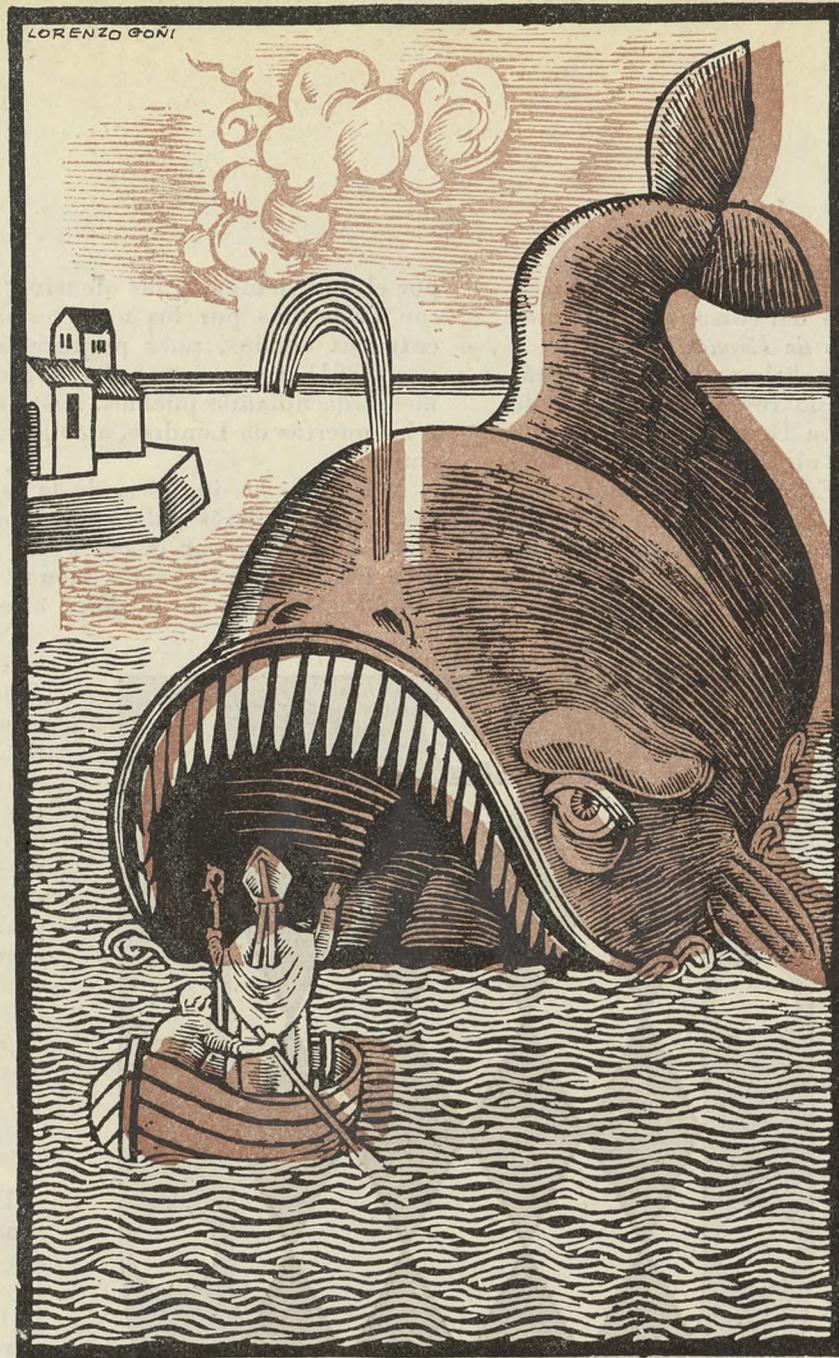
el cargo mismo de Almirante, no pocas, y tuvo asiento en el Alcázar mismo su Tribunal especial.

La potencia naval dió lógicos frutos en pocos años y aun meses; Castilla tuvo pronto por aliado al emir de Fez contra los benimerines, a quien derrotó asimismo Bonifaz (1251), y pensó en llevar la guerra a ultramar, al mismísimo Marruecos, lo que malogró la muerte de San Fernando.

Creció con todo ello el comercio y la navegación; los astilleros del Cantábrico comenzaban a caminar hacia la fama de ser sus naves las mejores del mundo; nuestros productos bajo bandera castellana llegaban a Flandes, y los españoles disponíamos por allá de lonjas propias, mientras la caza de la ballena, tras de arrojada navegación de acoso y hasta de lucha, era tan adjetiva nuestra como hoy son los toros.

Alfonso X erigió unas atarazanas a orillas mismas del Betis, en el Arenal, frente a la Torre del Oro, y el inglés firmó con aquél paz y amistad, sellada con la boda del príncipe Eduardo, en Burgos, con nuestra infanta doña Leonor, aquella que con riesgo de su vida chupó la ponzoña de la herida de su esposo, alcanzado de muerte en Tierra Santa.

Hubo atarazanas reales también por Castro y Santander; el Rey Sabio, juntando varones que también lo eran en achaques de matemática y astronomía, sentó, con sus *libros del saber de Astronomía*, los fundamentos de que lo sería por delante la ciencia náutica, como en *Las Partidas* el de la legislación marítima castellana; por si era poco, fundó la Orden de *Santa María d'España*, para estimular el *fecho de mar*, mientras un al-



mirante trovador, Payo Gómez Charriño, que moriría a caballo de un lanzazo, inventaba las letrillas de las barcarolas.

Se ha tomado Cádiz y Cartagena, y en el intento de Algeciras sufre la armada de Martínez de Fe (1278).

El siglo XIV lo marca la adopción de la *coca*, y el comienzo de la *guerra a furto* por la mar del Cantábrico, rivalizando mon-

tañeses y guipuzcoanos en contra de ingleses; hay alianza en Aragón y Castilla, y sus escuadras toman Gibraltar (1309) por poco tiempo y derrotan a la de Tremecén (1315).

Inglaterra no sabe sacudirse el corso castellano; prefiere claudicar con tratados comerciales (1325), y la marina cantábrica goza allí desde entonces privilegios singulares y hasta se ve en ellas el apoyo naval con que sustituir a las de Bayona; pero al subir Eduardo III se revuelve contra aquélla, creyendo la aspereza mejor para conseguir la alianza con Castilla, que se ve solicitada, no por su poder naval, sino por el particular de sus súbditos corsarios, y Francia pretende asimismo la alianza; *si oviese amistad con el rey de Castilla—dice su soberano—rescibiría del muy grand ayuda por la mar.*

Es que, además, de Bayona de Galicia a la de Francia existía desde el siglo XII una confederación de los pueblos marineros, denominada *Hermandad de las Marismas*, o *de las villas de la Marina de Castilla con Vitoria*, que comenzó por la de Castro, Santander, Laredo, San Vicente de la Barquera, "las Cuatro Villas de la Costa", presididas por un gran espíritu marítimomercantil, escudado en fueros que la convertían en un verdadero Estado dentro del Estado, y con la que los reyes castellanos no se atrevían, antes bien, las ratificaron en Cortes, privilegios y exenciones que incluso les permitían actividades y posturas internacionales independientes de la Corona. Guipúzcoa adoptó por armas un rey sentado en trono sobre la mar, y Lequeitio esculpió por mote de las suyas esta arrogancia:

Reges develavit, horrenda caetia subjecit, mari terrisque potens.

Guerreó a los reyes, sometió a los feroces cetáceos y fué poderosa por tierra y mar.

Declarada la guerra entre Inglaterra y Francia (1337), nuestra alianza hizo que las naves británicas *non osaban navegar por la mar*; hubo después encuentros, uno de ellos (1342) contra elementos españoles, que re-

sultó indeciso; quejándose los ingleses de nuestra ayuda, *que era tanta, que si non por esto non pudiera él (de Francia) acabar en poder por la mar con el rey de Inglaterra.*

La guerra sempiterna del moro hace crear una escuadra que flanquee su aprovisionamiento: el estrecho. Alonso Jufre Tenorio (1325) derrota con seis galeras y ocho naos a una árabe de veintisiete de aquéllas; años más tarde (1337) obtiene otra victoria contra galeras portuguesas, cuya bandera colgó en la catedral de Sevilla.

Sin embargo, Tenorio sufriría derrota enorme al desquitarse de la anterior los moros (1340), muriendo abrazado al estandarte.

El descalabro hizo que se trajesen genoveses para reorganizar la armada; al frente de ellos, Bocanegra, que sería tronco del linaje de los Portocarreros.

Juntos, portugueses y castellanos, libraron buena batalla contra los moros (1342) frente a Tarifa, que pretendían sitiar los reyes de Marruecos y Granada, que perdieron veintiséis galeras, preparando así la toma de Algeciras (1344) por Alfonso XI, uno de los grandes acontecimientos de nuestra empeñada Reconquista. Una nave de Neda (El Ferrol) fué la que, emulando a Bonifaz, rompió la cadena del puerto, y la villa obtuvo esta escena por armas.

* * *

La sempiterna rivalidad entre castellanos e ingleses de Aquitania en el comercio de los vinos de Burdeos

desencadenó la guerra en 1350, preocupando al rey Eduardo, más que los insultos del corso, *el dominio de la mar por gentes de las tierras de España.*

El choque aconteció en Winchelsea; las naos británicas van regidas por su propio rey y el príncipe de Gales; las nuestras las mandaba D. Carlos de la Cerda o España, que no estuvo a la altura del título de fortuna que tenía su hermano. Eduardo III, con la victoria, se tituló *Rey de la mar*, de que no dió muestras al firmar una paz de vencido con parte de los castellanos, con los marineros cántabros, vasallos del rey de Castilla, que al perder de vista la costa se consideraban, en verdad, soberanos incluso en la mar de Inglaterra.

* * *

Un insulto a la presencia de D. Pedro el Cruel, en Sanlúcar, por unas galeras catalanas (1356) encendió la guerra con Aragón, que el castellano tuvo empeño en que fuese marítima y hasta, caso singular, él en persona dirigió desde su capitana. Y con tal acometividad, que nada menos que la nación aragonesa, ante la presencia de la armada castellana en sus aguas, tras de alguna escaramuza, se refugió con inexplicable timidez en su playa de Barcelona, en donde varó sus galeras y sufrió su legítimo orgullo el que le quitaran las anclas por ultraje las castellanas.

Más suerte práctica obtuvieron dos escuadras sueltas, una de ellas apresando por el estrecho a la del Almirante valenciano Matel Merce (1360), que fué degollado, y la otra (1365), frente a Calpe, en que el castellano Martín Yáñez desbarató a la del vizconde de Cardona.

* * *

La muerte de D. Pedro *el Cruel* nos trajo guerra con Inglaterra, que tenía dos príncipes yernos suyos, y en ésta aconteció la sonada victoria nuestra de La Rochela (1372), de Bocanegra, contra el Conde de Pembroke, en donde nuestras galeras quemaron o apresaron a todas las inglesas, sacudiéndose con creces de la derrota de Winchelsea al aportar en Santander con el Almirante enemigo preso y más de setenta caballeros de espuela dorada del titulado *rey del mar*.

Por 1376, naves castellanas cruzaron por aguas inglesas, y el fuego que prendieron en las villas de Rye, Folkestone, Portsmouth, Dartmouth y Plymouth; destruída la marina inglesa en el propio reinado de su fundador, en 1377, una intentona de levantarse fracasó

por el mal tiempo, y las ofensivas que organizaron fueron deshechas por los nuestros o por los temporales, entonces aliados, pues permitieron a Sánchez de Tovar (1381), con veinte galeras, incluso remontar el Támesis incendiando pueblos, hasta la villa de Gravesend, a las puertas de Londres, *a do galeras de enemigos nunca entraron.*

Y cuando los ingleses, de la mano de los portugueses, con veintitrés galeras hicieron frente a las diecisiete de Tovar, por la costa del Algarve vieron cómo éste les capturaba ¡nada menos que veintidós!, escapando una... porque no llegó al combate.

Nueva victoria obtuvo éste casi en aguas del Tajo contra cuatro naos gruesas y diecisiete galeras de Portugal, apresando aquéllas y tres de éstas, mientras las demás se acogían a las defensas de Cascaes, con su almirante muerto, que no pudo liberar a Lisboa del ataque castellano, aunque en este campo la peste se llevó al otro mundo al esforzado Sánchez de Tovar.

* * *

De Pero Niño había mucho que hablar; el siglo que comenzó con sus hazañas, el XV, nos trajo las expediciones a Canarias, el saqueo nuestro a los puertos de Bayona, San Juan de Luz y Biarritz (1419); el apresamiento total de la flota inglesa de Bayona (1420) por la de Juan de Camportredondo; tan constantes fechorías de corso por Bretaña, que los bretones adoptaron a nuestro San Vicente Ferrer, muerto allí, en Vannes, en 1419, por abogado contra el ataque de naos castella-

nas; un desastre (1436) al querer escaramuzar el Conde de Niebla con galeras por Gibraltar, que costó la vida a su hijo, pero que sirvió de acicate a su nieto para tomarlo (1462), conquistando, además, el título de Duque de Medinasidonia; la ayuda por mar a Juana de Arco (1431), *La Poncela* de nuestras crónicas; la guerra con Francia (1467), en la que apareció un corsario, Colón, que tanto daría que hablar, y se distinguiría el zumayés Juan de Mendaro; cierta paz firmada entre Inglaterra y... las *villas de Guipúzcoa*; la campaña de bloqueo del Estrecho para evitar socorros a Málaga, y demás puertos moros de Granada... hasta la caída de ésta.

Poco después—¿será preciso decir la fecha de 1492?—, unidas ya Castilla y Aragón, se descubría el Nuevo Mundo. Las gestas marineras de aquélla, que comenzaron con el milagro de San Gonzalo, terminarían con otro prodigio mayor aún: el del *Descubrimiento*.

